

tud estudiosa de nuestros Seminarios encontrase una buena parte, á lo menos, de lo que necesita saber para desempeñar dignamente el alto ministerio de la predicación. Si no hemos logrado nuestro deseo, nos queda la esperanza de ser juzgados con benignidad; pues todos saben que «es difícil, como dijo San Jerónimo, leer mucho, y más difícil aún elegir con acierto» (1).

MIGUEL YUS.

Tarazona 12 de Abril de 1879.

(1) Prólogo del Comentario de San Mateo.

ELOCUENCIA SAGRADA

TRATADO TEÓRICO-PRÁCTICO

NOCIONES GENERALES

I

Idea de la elocuencia.

«La Elocuencia, dice Labruyère, es un don del alma, por medio del cual nos hacemos dueños del corazón y del espíritu de los demás.» Para Blair «es el arte de hablar de manera que se consiga el fin para que se habla».

A pesar de la diferencia que se advierte en estas y otras definiciones que se dan de la Elocuencia, donde unos la consideran como facultad y otros como arte, bastará una ligera meditación, para que desde luego se comprenda que esa divergencia no está tanto en el fondo como en la forma. «La Elocuencia y el arte de la Elocuencia, ha dicho un escritor profundo (1), son una sola cosa, que se nos ofrece bajo distintos aspectos; la palabra *arte*, que precede á la voz *elocuencia*, no es más que un término que expresa la elocuencia de una manera determinada, esto es, dirigida en su desarrollo por los principios de la sana razón.» Por esto dijo San Agustín: «Elocuentia vero facultas dicendi est, con-

(1) D. Manuel Martínez y Sanz: *Lecciones de Oratoria Sagrada*.

gruenter explicans quae sentimus»; definición completa y acertada de la elocuencia, toda vez que es suficiente para darnos á entender el doble significado de esta palabra.

La elocuencia, pues, al mismo tiempo que es una facultad natural, es también un arte, cuyas reglas no han sido dictadas por el capricho, sino que se fundan en la naturaleza, la cual las sugiere muchas veces en la práctica, cuando está excitada la pasión. Todo hombre, colocado en una situación extrema, suele ser elocuente, aunque no tenga idea alguna del arte de la elocuencia. El arte no hace sino seguir las huellas que la naturaleza trazó á los hombres, ascendiendo de casos particulares á principios generales.

Poco importa averiguar quién fué el primero que cumplió las reglas de la elocuencia; lo cierto es que los hombres reflexivos, impresionados vivamente por los efectos de la elocuencia natural, se dedicaron á buscar en la mente y en el corazón humano la razón secreta del poder de los oradores; se observó lo que contribuía y lo que perjudicaba al buen éxito; se descubrieron las causas de la eficacia de la palabra en unos, y las razones de su nulidad en otros; se indicó lo que se debía observar y lo que había que omitir, y se propusieron como *modelo* los que mejor habían logrado deleitar y persuadir. De manera que las reglas existen independientemente de los que las siguen y de los que las han formulado.

Sin que nos sea dado elevarnos á las verdaderas regiones de la literatura, cúmplenos rectificar aquí el vulgar error de confundir la Retórica con la Oratoria y ésta con la Elocuencia. Retórica es el «arte de bien decir»; Oratoria es «la que enseña á componer buenos discursos con sujeción á los preceptos de la Retórica»; Elocuencia es el «arte de persuadir la verdad para hacer á los hombres mejores». La diferencia entre

estas palabras es notable: pues dice más la Oratoria que la Retórica, y la Elocuencia tiene una esfera más dilatada que la Oratoria (1). Así, no todo retórico es orador; no todo retórico es hombre elocuente, pero el orador se supone retórico, y siendo buen orador ha de brillar por la Elocuencia. El retórico enseña las reglas del arte; el orador, instruído en los preceptos de la Retórica, puede hablar de un modo adecuado á la enseñanza y á la persuasión; el elocuente enseña, deleita, mueve y persuade. En fin, la Retórica es la teoría de la Oratoria y de la Elocuencia. Sin embargo, á pesar de la diferencia que existe entre estas tres artes, como se hallan tan relacionadas y se encaminan á un mismo fin, autorizados por la costumbre, usaremos indistintamente uno ú otro nombre en este tratado.

El *fin* de la Elocuencia es *convencer y persuadir*. Para convencer á uno es necesario hablar á su entendimiento, presentándole con claridad las verdades que se trata de inculcarle, confirmándolas con razones poderosas, con pruebas sólidas y concluyentes. Es también un poderosísimo recurso para convencer, deleitar el ánimo de los oyentes con las galas de la dición, con la gracia del estilo y la novedad de las palabras. Para persuadir es preciso hablar á la imaginación, haciendo una viva y enérgica pintura de los objetos, poner en movimiento las pasiones y tocar los varios resortes del corazón; pues una vez herido, los sentimientos que de él broten pondrán en *convulsión* (2) el alma, y la voluntad no podrá menos de obrar. Persuadir es

(1) La Elocuencia no se limita á la palabra: son elocuentes el gesto, el semblante, las miradas, las lágrimas, etc. Puede haber elocuencia en las obras de la pintura, de la escultura y de la música; es elocuente el ejemplo, es elocuente el silencio.

(2) No entendemos por *convulsión* el móvil que, seduciendo la sensibilidad, consigue el fin que se propone el que habla.

triunfar; la persuasión es el gran triunfo de la Elocuencia; mas la persuasión que no vaya cimentada en la convicción, no puede ser duradera. La convicción y la persuasión sirven de fundamento á las acciones humanas.

De lo dicho se desprende que la Elocuencia se propone *convencer y persuadir deleitando*. Así, San Agustín (1), tomando á la letra las definiciones y preceptos de los retóricos, declaró que el fin de la Elocuencia era «ut veritas pateat, veritas placeat, veritas moveat».

Los varios asuntos sobre que versa la Elocuencia se dividen comúnmente en cinco géneros. El oratorio, el histórico, el novelesco, el didáctico y el epistolar. El 1.º, tiene por objeto convencer y persuadir; el 2.º, narrar los sucesos verdaderos; el 3.º, referir sucesos ficticios; el 4.º, instruir en las artes y en las ciencias, y el 5.º, da reglas para comunicar por escrito con las personas ausentes. Nosotros sólo nos ocuparemos del género oratorio.

A este género corresponden los discursos ó razonamientos pronunciados de viva voz delante de un auditorio más ó menos numeroso. Los antiguos dividieron los discursos públicos en tres géneros, que llamaron *demonstrativo, deliberativo y judicial*. El fin del primero era la alabanza ó el vituperio, é incluían en él los panegíricos, inventivas, las oraciones gratulatorias y las fúnebres: el fin del segundo era persuadir ó disuadir, y en él comprendían los asuntos de interés general ventilados en las asambleas públicas: la acusación ó defensa era el fin del tercero y abrazaba los asuntos pertenecientes al foro.

La clasificación de los modernos, más clara y más conforme á nuestras costumbres, es la siguiente: oratoria *sagrada*, oratoria *política* y oratoria *forense*, se-

(1) *De Doctrina Cristiana*, lib. iv, núm. 61.

gún que es el púlpito, la tribuna ó el foro, el teatro del orador; ó según que éste se propone instruir y mejorar al pueblo, ventilar asuntos de interés más ó menos general ó defender los sacrosantos fueros de la justicia.

Acerca de la importancia de la Elocuencia, sólo adelantaremos aquí, que entre todas las artes es la que mayor influencia ejerce sobre el corazón humano. Conmueve, excita ó reprime las pasiones, según conviene á sus particulares miras; y manejando las voluntades á su arbitrio, triunfa de la indecisión, vence la resistencia, añade estímulos á la virtud, y de los más helados pechos hace brotar el pecho del entusiasmo. La elocuente voz de un solo hombre, ha bastado en ocasiones á salvar á todo un pueblo. ¡Ojalá que el hombre, comprendiendo sus deberes, no abusara nunca de este arte divino y lo empleara sólo para escudar al inocente, confundir al culpable, incitar á las acciones heroicas, despertar los sentimientos generosos, difundir, en fin, las luces de una filosofía sana y reparadora, compañera inseparable de la virtud, sin la cual no hay bienestar posible!

II

Elocuencia sagrada.

La Elocuencia sagrada, objeto de nuestro tratado, es el arte que se ocupa de la palabra de Dios predicada á los hombres para que alcancen la salvación eterna; ó, como dice Audizio, «es la facultad de convencer y persuadir con la sabiduría y edificación de la palabra divina (1)».

La Elocuencia sagrada tiene mucho de peculiar que la distingue notablemente de la elocuencia profana.

(1) *Compendio delle Lizioni di Elocuenza Sacra*.

Ambas emplean el misterioso don del lenguaje; pero desde que Jesucristo dijo á los Apóstoles: «Id á enseñar á todas las gentes... (1)», convirtió el milagro de la palabra, como le llama San Agustín, en otro mayor milagro; pues, sin dejar de ser el vínculo misterioso de la sociedad humana, comenzó á ser el instrumento de la palabra divina, viniendo á transformarse la elocuencia en un himno sagrado del hombre á su Criador.

Hay en la predicación mucho que es divino y algo que es humano. La misión, la doctrina y los auxilios para el que predica y para los que oyen, son cosas divinas; el predicador y el oír la predicación, son cosas humanas. Cuanto aquí hay de divino es invariable y eficaz, respetable siempre é incensurable, bajo cuyo concepto la predicación en todos los tiempos y en todos los pueblos, ha sido una misma cosa. No sucede lo mismo respecto á aquello que en la predicación hay de humano; esto varía según cambian los tiempos ó son distintas las dotes personales del orador.

El ministerio de la predicación es un ministerio augusto, aun en lo que tiene de humano. «En todas partes, dice La Harpe, es el orador un hombre que habla á los demás hombres; pero en la cátedra es un ser de otra especie, elevado entre el cielo y la tierra, un mediador que Dios coloca entre El y sus criaturas; porque, superior á las consideraciones mundanas, anuncia los oráculos de la eternidad y hasta el lugar en que habla y en el que se le escucha, confunde y hace desaparecer todas las grandezas, para que sólo aparezca la suya... todo cuanto le rodea da más autoridad á su palabra, pues su voz resuena en un recinto sagrado y en medio del recogimiento y silencio universal. Si cita á Dios, presente lo tiene sobre el altar, y si anuncia lo perecedera que es la vida, detrás de él está la muerte, para

(1) San Mateo, cap. xxviii, v. 19.

justificarlo y demostrar á los oyentes que están sentados sobre sus tumbas.»

Nada de esto reúne la elocuencia profana; ésta debe su poder al talento, á las cualidades, al arte del hombre; aquélla lo debe principalmente al espíritu, á la gracia de Dios. Obtener el perdón de un acusado, ganar un pleito, hacer pasar una ley, una medida puramente política, hacer que todo un pueblo abrace el partido de una paz humillante ó de una guerra ruinosa, son triunfos que puede obtenerlos el orador político ó civil con sólo los resortes de la retórica. Pero elevar al hombre hasta los sentimientos que rehusa la naturaleza corrompida, persuadirle á renunciar á sus vicios, á sus pasiones, á él mismo; hacer del pecador un santo es un éxito que no puede obtenerse por un hombre con sus solos recursos y sus solos esfuerzos. El más grande orador no puede conseguirlo, y si lo consigue, aunque parece ser el hombre, es Dios quien ha operado el prodigio. «Neque qui plantat est aliquid neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus (1).»

No encomiamos en este sitio la eficacia de la gracia para desalentar á los que nos lean, no, si de esto hacemos mérito; es para que no se fie demasiado en lo correcto de la frase y en el brillo de las palabras, aunque muchas veces podrá ser esto mismo el instrumento de que Dios se vale para conceder sus dones.

III

Facultades que exige la Elocuencia.

El cultivo de la elocuencia exige ciertas disposiciones naturales (2), que todos tenemos en un grado más

(1) A los Corintios, 1.ª, cap. iii, v. 7.

(2) «Initium sapientiae dedit natura.»

ó menos elevado; pero que el orador debe poseer en alto grado, no sólo para sentir la belleza, sino más bien para presentarla de modo que la haga amar á los demás.

Estas disposiciones ó facultades son de tres especies: *intelectuales, morales y físicas*. Las facultades *intelectuales* son: el *genio*, el *talento*, el *ingenio*, la *sensibilidad*, la *imaginación*, el *juicio* y el *gusto*.

El genio.—Es el don de inventar y de ejecutar de un modo nuevo y original, elevándose naturalmente á lo grande y sublime.

El empeño de marcar al genio una marcha fija sería no menos temerario que el de sujetar las expresiones de animada fantasía al mezquino círculo de acompañados gestos.

El genio del predicador hace que lo bello reciba una nueva hermosura; bajo su acción creadora lo invisible adquiere formas; aquellas acciones que parecían indiferentes á su auditorio, las reviste de un interés que impulsa á recibirlas. Finalmente, el genio del orador sagrado domina con sus admirables creaciones á cuantos le escuchan; pero deberá moderar sus ímpetus para no llegar á lo inverosímil y exagerado.

El talento.—Consiste en cierta aptitud para dar á los asuntos que se tratan y á las ideas que se expresan, un valor que el arte aprueba y en que el gusto se deleita.

La palabra talento expresa para algunos una capacidad absoluta, creyendo, equivocadamente, que quien está dotado de felices disposiciones para una cosa, lo estará igualmente para todas; nada más falso: un hombre puede ser sobresaliente, extraordinario, de una capacidad monstruosa para un ramo, y ser muy mediano y hasta negado con respecto á otros. Filipo y Demóstenes son dos genios, y sin embargo, en nada se parecen.

Algunos de los hombres que más se han distinguido

en la respectiva profesión, hubieran sido probablemente muy medianos si se hubiesen dedicado á otra que no les conviniera. Bossuet, á la edad de diez y seis años improvisaba sermones ó discursos, que por la copia de pensamientos y facilidad de expresión y de estilo admiraban al auditorio, compuesto de los talentos más escogidos que á la sazón contaba la Francia. El hombre que se dedica, como éste, á una carrera que tan bien se adapta á su talento, no es de extrañar que haga rápidos progresos.

El ingenio.—Es la facilidad de concebir en las cosas relaciones delicadas y ocultas, manifestándolas de un modo agradable por medio de la agudeza del pensamiento y del giro artificioso de la expresión. La conversación y los escritos de los hombres de ingenio privilegiado se distinguen por su claridad, precisión y exactitud. Para seguirlos en sus discursos no se necesitan esfuerzos; parece que se anda por un camino llano, y el que habla sólo se ocupa de hacer notar los objetos que se encuentran á nuestro paso. El ingenio hace que el orador retrate los más bellos sentimientos del alma, que haga sentir las más bellas y dulces armonías de la naturaleza, y que produzca en el corazón aquellas vivas emociones que lo agitan y lo disponen para decidirlo á obrar.

La sensibilidad.—Bajo el punto de vista literario, es como la facultad de impresionarse fácilmente y de transmitir á los demás la impresión que se siente. Para que los oyentes sientan, es preciso que haya sentido el orador.

La imaginación.—Es la facultad por cuyo medio hacemos nuevas combinaciones con las ideas, con las imágenes y con los sentimientos que hemos experimentado, dando lugar á verdaderas creaciones de nuestro espíritu, que podemos expresar y dar á conocer á los demás por medio de la palabra.

El docto Audizio ha dicho: «El primer deber de la imaginación, de esta graciosa hija del pensamiento humano, es presentar las verdades del entendimiento con el brillo de las imágenes.» El orador sagrado, sin embargo, no deberá dejarse llevar tanto de la imaginación, que le aleje de la dignidad del ministerio: revista en buena hora sus pensamientos con los bellos colores que la imaginación le preste, pero cuide que á través de esos colores resalte siempre la grandeza y la sublimidad de la verdad revelada.

El juicio.—Es la misma inteligencia, dando su dictamen acerca de las relaciones que existen entre los objetos, distinguiendo la verdad del error, la belleza de la fealdad, y afirmando la conveniencia ó repugnancia de las ideas entre sí.

La falsedad del juicio depende muchas veces de la mala percepción; y las preocupaciones en favor de una doctrina son, con otras causas abundantes manantiales de percepciones equivocadas é incompletas y de juicios frecuentemente errados.

El gusto.—Es la facultad de apreciar la belleza de las cosas.

Dejando aparte hipótesis más ó menos eruditas, diremos que esta facultad no es otra cosa que la razón. En tanto somos criaturas racionales, en cuanto se regula nuestro conocimiento por las leyes invariables de la sabiduría eterna, en cuanto nos movemos naturalmente á la verdad y al bien. Esta propiedad esencial de nuestra naturaleza nos hace capaces de conocer la verdad y de discernir el bien del mal; por virtud, finalmente, de esta propiedad podemos gustar el placer inherente al amor del bien, en sí mismo considerado, y reconocerlo por este medio como bello; tal es la razón de llevar en este caso dicha facultad el nombre de *gusto* (1).

(1) Está tomada esta palabra en sentido metafórico, pues así como por

Pero el juicio sobre la belleza no es solamente experimental, porque la belleza existiría por más que ningún ser racional la conociese. Independientemente de la impresión que hacen en nosotros, las cosas son buenas, verdaderas y bellas, por su conformidad con la bondad, verdad y belleza divina. Nuestra razón lleva impresas las leyes de la sabiduría eterna como regla de su conocimiento y de su amor. Estas leyes, estos principios fundamentales sirven de norma á la mente en sus juicios acerca de la belleza, y forman el *criterio* habitual de conocer *à priori* las cosas bellas; y ordenados sistemáticamente estos principios, constituyen el arte de juzgar de la belleza de las cosas. Hay, pues, que distinguir en esta materia dos cosas: el gusto y el juicio caleotécnico (1); de la unión de ambos, resulta la facultad de apreciar la belleza. La perfección del gusto depende de su *rectitud y delicadeza*, cuyas dotes son cabalmente el resultado de aquellas dos facultades.

No hay que extrañar que, aun habiendo principios ciertos para juzgar de la belleza, haya tal diversidad de juicios sobre algunas obras de las bellas artes. Nuestra limitada inteligencia y la influencia con frecuencia perniciosa del corazón, son suficientes á explicar la diversidad de opiniones de los críticos, al apreciar las obras del arte. Por otra parte, si bien es verdad que la razón, donde reside el criterio caleotécnico, es común á todos los hombres, pero no como potencia cultivada, sino como una virtud que necesita labrarse y desenvolverse. Además, junto al deleite del amor puro está el amor de concupiscencia, y haciéndose éste más sensible, más violento, no es de extrañar que predomine y haga tomar por *bello lo agradable* (2).

el sentido externo del gusto percibimos el sabor de los manjares, así la belleza por el gusto literario.

(1) Sobre la belleza de las bellas artes.

(2) Véase lo que decimos más adelante al hablar de la *belleza*.

Y esto sucede aun suponiendo á los hombres capaces de fallar en la materia; que si examinamos esta suposición, hallaremos ser muy pocos los que tienen competencia para emitir un buen juicio, por carecer de una educación esmerada, de una reflexión conveniente, sin las que es imposible llegar á desenvolver las facultades de nuestra alma.

Aquel sentimiento, pues, que hemos llamado gusto en el sentido de ser la facultad natural de gozar y conocer experimentalmente la belleza, por virtud del gozo que produce, constituye de ordinario el supremo tribunal que falla sin apelación en última sentencia. Los errores en este caso son inevitables; porque en faltando ideas y principios fijos, cuando sólo se juzga de la belleza por el placer que ocasiona, no hay que esperar un juicio favorable á la verdad.

Por el contrario, allí donde el juicio caleotécnico y el sentimiento que el alma posee están cultivados por principios y amaestrados con el ejercicio en los autores clásicos, es indudable que puede darse razón del mérito ó demérito de las obras del arte por medio de razones demostrativas, como se puede probar la bondad de las acciones morales ó la verdad de los hechos históricos. A pesar, pues, de la diversidad de juicios, todo el mundo juzga que son bellas las palabras de José á sus hermanos (1), que es sublime la figura de San Estéban en su martirio (2), y que Fray Luis de Granada, escritor abundante, llevó en el siglo xvi la palma de la elocuencia. Por consiguiente, el juicio individual que no se conforme con la voz de la naturaleza expresada por los grandes maestros, es un juicio absurdo.

Para concluir, añadiremos que el gusto se corrompe por una delicadeza excesiva, por la afectación, por la

(1) Génesis, cap. xlv, vers. 4 y 5.

(2) Acta Apost., cap. vii, vers. 55 y siguientes.

prolijidad de los adornos y por la falta de templanza; pues, como dice M. Vuillot, esta virtud regula la imaginación, disciplina el juicio é impide al entusiasmo separarse del buen sentido.

También enseña la historia que la corrupción de costumbres corrompió la elocuencia, y á los grandes oradores sucedieron los sofistas. Pero el tiempo corrige los extravíos y sólo confirma los juicios que van conformes con la naturaleza, «*Opinionis commenta delet dies, naturae judicium confirmat.*»

Facultades morales.—De poco le servirían las cualidades intelectuales al orador que carece de *virtud*. Es notable el interés y la convicción con que los oradores paganos sostienen que no puede ser elocuente el hombre que no sea honrado: «*vir bonus dicendi peritus*», decían del orador. Cicerón juzgaba que enseñar la elocuencia al que carezca de virtud, era entregar un arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habría causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia, por temor de que hombres de malas costumbres pudieran abusar de ellas. Así se pensaba y así se escribía en medio de las tinieblas del paganismo: esto decía la luz natural á aquellos hombres privados de la revelación.

Alumbrados por esta divina luz los SS. Padres, inculcan al orador cristiano la práctica de la virtud, no tan sólo por el peso y autoridad que el buen ejemplo da á la doctrina, ni por el desprecio en que ésta cae cuando está en contradicción la vida del orador, ni en fin, por la obligación especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio, sino atendiendo al constitutivo esencial y á la estética de la Elocuencia.

Cierto es, y los SS. Padres lo reconocen, que siendo la virtud tan bella, puede suceder que el mismo que no la practica, la ame, al contemplarla, y contribuya

á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador, excitado con trabajo y estudio, ha de ser ficticio; se sostendrá difícilmente y no podrá menos de resentirse de la lucha del hombre interior que hace enmudecer la Elocuencia, cuando la conciencia está enferma.

Facultades físicas.—Estas consisten en una constitución propia para el estudio y para el ejercicio de la declamación oratoria, que no tanto depende de la fuerza del cuerpo, como de la actividad del alma; en una organización feliz para la palabra y para la acción, que hermanan la gracia con la energía, y los medios de agradar con los medios de llevar la convicción al entendimiento y la persuasión á la voluntad.

Inútil sería que la naturaleza hubiese dotado al orador de todas las cualidades, si ha negado á su voz, á su presencia y á sus maneras, el agrado, la dignidad y la nobleza que pide la Elocuencia.

IV

Educación oratoria.

Hemos dicho ya que la Elocuencia es un don de la naturaleza y un arte al mismo tiempo, y ahora diremos que para conseguir la acertada combinación de estos dos elementos es indispensable la *educación oratoria*.

El estudio, es verdad, no da el talento, ni el genio, ni la imaginación, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales, pero enseña, como dice Capmany, á usar de ellas en tiempo oportuno, á darles el temple conveniente, y á saber distribuir los adornos que pide toda composición elocuente.

Este es también el parecer de los grandes maestros.

Longino ha dicho con referencia al discurso: «La naturaleza es lo más necesario que hay para llegar á lo grande; mas si el arte no se encarga de dirigirla, es como un ciego que no sabe por dónde ni á dónde va.» Y Quintiliano, con respecto á los oradores, añade: «Allá se las avengan con su modo de pensar los que se imaginan que á los hombres les basta nacer oradores para serlo, y no lleven á mal el trabajo de los que estamos en la creencia de que ninguna cosa puede llegar á ser perfecta, sino cuando la naturaleza tiene el auxilio del arte.»

No es fácil empresa la de ser orador, y fuera extraño que un empleo tan noble se pudiese ejercer sin trabajo y sin estudio. En la oratoria, como en todo, se necesita que los primeros pasos sean firmes y seguros; querer llegar demasiado pronto, es querer no llegar; y el que desde un principio estrague su gusto ó contraiga un hábito perjudicial, es casi imposible que en lo sucesivo lo reforme y prescinda de él.

Demóstenes da sus primeros pasos antes de tiempo, se arroja en un palenque, para el que había nacido, sin preparar el filo de sus armas; y la muchedumbre, que no ve escrito en aquella frente el destino de los héroes, se ríe de sus vacilantes y tardas expresiones. Demóstenes se retira de la plaza de Atenas, y se oculta á las miradas de los hombres; pero no se abate, y á fuerza de trabajo vence los obstáculos que se oponían á la realización de sus nobles aspiraciones, y vuelve animoso á presentarse de nuevo en la tribuna pública, para ser el asombro de aquellos cuyos silbidos debieron enrojecer su rostro.

Dos lecciones á cual más importantes encierra este punto de conducta de Demóstenes: una para los atrevidos, otra para los tímidos; una para los que no se conocen ni quieren conocerse, otra para los que ceden á la primera contrariedad y se dan por vencidos con